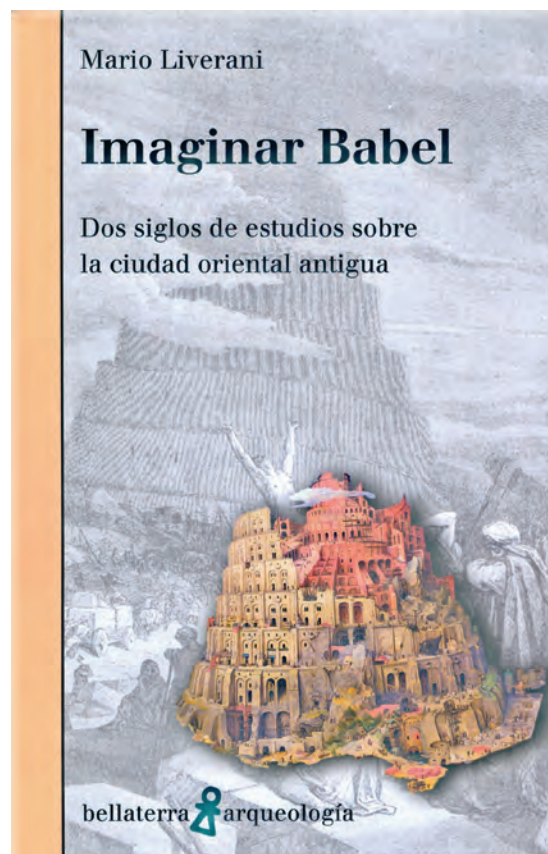


Por último, en el capítulo nueve, la profesora Solans hace una síntesis por entidades políticas resumiendo los poderes colectivos que debieron de ejercer ciertas cotas de poder en las distintas formaciones que compusieron la Siria del Bronce Final.

Éste amplio y documentado trabajo de rigurosa investigación y análisis constituye una visión innovadora sobre la organización institucional de los estados próximo-orientales durante la antigüedad. Frente a aquella imagen monolítica del despotismo oriental, en donde el rey es un ente indiscutible, tenemos un panorama infinitamente más complejo en el que distintos colectivos tienen un peso político nada despreciable que incluso son capaces de actuar con independencia de la autoridad real, de discutirle y exigirle explicaciones. Particularmente, también es interesante ver cómo estos poderes colectivos llevan a cabo su actividad política y jurídica en un periodo como el Bronce Final dominado por los Grandes Imperios. Así pues, no sólo nos aporta la otra cara de la organización política de los reinos próximo-orientales, sino que también viene a completar el cuadro político e institucional internacional de un período concreto en el cual Siria juega un papel activo fundamental.

Juan Álvarez García



M. Liverani

Imaginar Babel. Dos siglos de estudios sobre la ciudad oriental antigua

Edicions Bellaterra, S. L., Barcelona 2014
515 páginas, 53 figuras, índice de abreviaturas, bibliografía, índice alfabético
ISBN: 978-84-7290-673-0

32 €

La edición original italiana de esta obra de Mario Liverani (*Immaginare Babel. Due secoli di studi sulla città orientale antica*, Editori Laterza / Gius. Laterza & Figli Spa, Roma-Bari 2013) ya fue objeto de una completa reseña a cargo de D^a M^a Dolores Casero Chamorro, publicada en las páginas de otro número de nuestra revista (*ISIMU* 16, 2013, 175-177). Así que no procede considerar de nuevo un libro tan original y encomiable, ni mis comentarios vienen a reiterar lo que mi colega estimó necesario, sino que están motivados por una realidad, con frecuencia desmerecida por un repetido problema: que la rápida traducción al español de obras de referen-

cia se vea afectada por versiones que incluyen notables errores terminológicos. Unos errores que podían haberse evitado con una simple revisión técnica, llevada a cabo por un especialista en la materia.

El problema no es propiamente del traductor o de los traductores, sino de criterios editoriales que se han generalizado: ahorrémonos cualquier revisión tipográfica -¡qué tiempos aquellos de los exigentes correctores de imprenta!-, y por supuesto sobra cualquier revisión técnica. En este caso, desde luego, no se trata de enjuiciar la labor del traductor, quien además ya realizó en 1995 y con éxito notable, la monumental tarea de verter en castellano la primera versión española del célebre *Antico Oriente*, manual de cabecera en los cursos avanzados sobre Oriente Próximo y Medio antiguos en las universidades españolas. Trato más bien de llamar la atención sobre la necesidad de revisar las versiones españolas de los libros técnicos. Y un libro de Historia y Arqueología en Oriente lo es.

Claro que ante todo, querría señalar que estas líneas no vienen motivadas por cuestión personal alguna. De ninguna manera. Pero me creo calificado para opinar por dos razones: porque yo fui el revisor de la traducción primera de *Antico Oriente* -por indicación expresa del autor italiano-, y porque mi labor entonces fue completamente desinteresada. Así que no me mueve ahora interés espurio alguno, pero sí señalar, que errores tales nos obligan a los docentes de Historia Antigua o Arqueología a recordarlos una y otra vez en nuestras aulas. Pues con esta edición, siempre que sea aconsejada a los estudiantes universitarios, tendremos que llamar su atención sobre un error terminológico importante, en absoluto menor: la confusión entre adobe y ladrillo. Y encima, habida cuenta del escaso bagaje cultural que los estudiantes muestran al empezar sus carreras en la universidad española -de manera alarmante y creciente-, será éste un penoso deber reiterado año tras año, que con igual frecuencia lesionará el mérito del esfuerzo editorial realizado y

la presente edición de una obra excepcional.

El libro de Mario Liverani da cuenta de cómo fueron imaginadas primero, descubiertas luego y reconstituidas al fin, las míticas ciudades del antiguo Oriente. De qué forma han sido interpretadas como fenómeno arquitectónico y urbanístico, pero también como estructura política, social y económica. La obra es densa en información, minuciosa en el análisis y precisa en los conceptos, como es habitual en el historiador italiano. Cada problema, cada supuesto y cada modelo son considerados atinadamente, así que no sobran palabras ni ideas. A medida que se avanza en la lectura, se tiene noticia de cómo empezaron las excavaciones primeras -“*El descubrimiento de las capitales asirias*”-, cómo se fueron planteando los primeros problemas prácticos de campo y representación -“*Las técnicas de excavación y el problema de la visibilidad*”- y cómo pareció alcanzarse un principio metodológico en la excavación arqueológica -“*Deshojar el tell*”-, pendiente de secuencias cerámicas, aunque ignaro en la recuperación real de los espacios. De esta forma, el lector entiende pronto que el problema básico consistía en que los primeros arqueólogos eran incapaces de “ver”, entre las masas de derrumbes y escombros, los muros antiguos erigidos con adobes, material de construcción omnipresente en la arquitectura oriental antigua, tanto en la doméstica de aldeas y ciudades como en la monumental de palacios, templos y murallas. De hecho, la versión española dice que “*en yacimientos «estratificados» como los tells mesopotámicos, con unas construcciones de adobe en las que para construir ...*” (p. 51), lo que es correcto, porque ciertamente, el autor italiano escribía en su original: “*obviamente in siti «stratificati» come i tell mesopotamici, e con un’architettura in mattone crudo in cui ogni ricostruzione ...*” (pp. 37-38). No había pues lugar a duda alguna en la versión española. Sin embargo, más adelante, un uso terminológico genérico en la lengua italiana, aunque preciso por el contexto -y

que cualquier especialista comprende sin problemas y lee correctamente-, provoca en la edición española una versión errónea que deriva en una total perplejidad.

En la historia de la investigación científica en Oriente, el nacimiento de la arqueología moderna y la introducción de nuevas formas de documentación están relacionados con el comienzo de la actividad arqueológica de Robert Koldewey y la ciencia alemana. Durante el siglo XIX, los arquitectos alemanes, acostumbrados al estudio de las técnicas de construcción analizadas luego *in situ* en Grecia y Anatolia, alcanzaron en Zincirli (1888-1894) la experiencia real de excavar muros con zócalos de piedra, alzado de adobes con entramado de madera. Dibujos minuciosos, medidos, con cotas precisas, permitían reconstituciones hipotéticas de la arquitectura antigua de una capital aramea de comienzos del I milenio a. C. Y Robert Koldewey estuvo allí. Cuando se enfrentó luego al enorme problema de rescatar Babilonia, sabía lo que había que hacer y cómo conseguirlo: y “descubrió el adobe”. Es decir, supo “ver” el adobe y documentarlo después, recuperando la arquitectura, los espacios, los pavimentos y las estratigrafías de los antiguos habitantes de la ciudad (1899-1917). Luego y al tiempo, Walter Andrae, su mejor discípulo, mejoraría incluso las técnicas de su maestro en Assur (1903-1914).

Como todo esto es bien conocido en el mundo de los especialistas, por fuerza nos tiene que doler cuando leemos en el encabezado del punto 2.1. de la versión española, el siguiente titular: “*El «descubrimiento del ladrillo» y la revolución arquitectónica*” (pp. 79-88), epígrafe que ha de ocasionar en el lector español de cierta cultura –no digamos en el estudiante bien formado- un completa perplejidad, sostenida a lo largo del apartado y reiterada más de una vez, como cuando se dice: “*el «descubrimiento del ladrillo» es el aspecto arqueológico de una revolución más amplia que el ambiente académico alemán ...*” (p. 86). Al fin y al cabo, cualquiera sabe que tras más de dos mil años, los ladrillos del

foro romano y tantas otras ruinas romanas visibles en Italia, Hispania, Galia, norte de África y Oriente han desafiado el paso del tiempo. Indestructibles pues, los de Babilonia fueron usados incluso por los abasíes en Bagdad y, siempre, por los campesinos árabes de los alrededores. La literatura de viajes a Oriente recuerda que viajeros medievales y de toda época pasearon entre los muros de ladrillos de Babilonia, o se asombraron ante la gigantesca bóveda sasánida de Ctesifonte. Así que ¿cómo puede decirse que “*el descubrimiento del ladrillo*” fue el origen de una revolución científica? La razón es bien sencilla, se ha producido un lamentable error terminológico en la traducción del concepto genérico “*mattonne*”, error que una revisión especializada no habría dejado pasar.

Posiblemente, la degradación de los contenidos y la lasitud que el nuevo modelo de estudios está produciendo en las universidades, podría empujar a algunos a ver con benevolencia errores como éste. Incluso a minimizarlos. Pero no se trata de un error menor. Si confundimos adobe con ladrillo terminamos por no saber de qué estamos hablando. La precisión en los conceptos no es patrimonio de las ciencias de la naturaleza o la anatomía humana o animal. Como suelo citar con frecuencia en clase y a título de ejemplo, las carreras humanísticas no deben ceder al espíritu de permisividad conceptual o del cualquier otro tipo. Lo mismo que en las facultades de Medicina no se tolera confundir venas con arterias –una subclavia puede ser vena o arteria, ciertamente, pero confundirlas sería imperdonable en la intervención-, en las de Filosofía y Letras no debería transigirse en estas cuestiones. Similar exactitud debemos exigirnos en las ciencias históricas y arqueológicas: un adobe no es un ladrillo. De ninguna manera.

Eso que parece obvio al especialista, al lector no avisado de la versión española de “*Immaginare Babele*” le ha de producir desconcierto, puesto que no podrá entender el énfasis puesto en la importancia de ... ¡haber hallado ladrillos!. Ciertamente, no

parece difícil “ver” el ladrillo, así que no se entiende en qué se reputa la excelencia de la aportación alemana. Como digo más arriba, todo obedece a una confusión terminológica de fácil comisión en la labor del traductor quizás, pero difícilmente disculpable en la de una editorial tan prestigiosa como la que nos ocupa. Las ediciones españolas, en general, incorporan errores frecuentes de lengua, gramática y concepto. Una revisión especializada los eliminaría, pero según parece, las empresas editoras no son especialmente sensibles a la necesidad de corrección y exactitud. Y todo ello produce verdadera desolación. Porque la lengua española es muy precisa y posee un rico vocabulario en todas las artes, oficios o técnicas. Otra cosa es que el empobrecimiento generalizado del lenguaje o el envilecimiento de la cultura lleven al desuso y la adopción de generalidades. Pero nosotros, al menos, debemos exigir y exigirnos la precisión en el lenguaje técnico.

La confusión entre ladrillo y adobe en un libro como este no es de recibo. No sólo porque su empleo en el medio rural es común y bien distinguido –al menos hasta hace años-, sino por la lengua misma. Cualquier *Diccionario de la Lengua Española*, publicado por la Real Academia Española, ha expresado siempre la distinción entre uno y otro. Una edición ya antigua (Madrid 1975), define: “*Adobe. Masa de barro mezclado a veces con paja, moldeada en forma de ladrillo y secada al aire, que se emplea en la construcción de paredes o muros*” (p. 27), y más adelante “*Ladrillo. Masa de barro en forma de paralelepípedo rectangular, que después de cocida, sirve para construir muros, solar habitaciones, etc.*” (p. 782). Eso aparte, la tradición académica española es bien clara. En mis últimos años de estudiante circulaba un libro de frecuente consulta, el *Diccionario de términos de arte y elementos de Arqueología y Numismática*, de G. Fatás y G. M. Borrás (Zaragoza 1980), que definía así los conceptos: “*Adobe. Paralelepípedo de barro y paja secado a la intemperie, sin cocer al fuego, y que se emplea como material de*

construcción” (p. 12), frente a “*Ladrillo. Paralelepípedo rectangular, hecho de arcilla cocida, que posee cualidades notables de consistencia, duración y rigidez*” (p. 129). Poco después, una obra del Colegio de Aparejadores, firmada por A. Serra Hamilton -*Términos ilustrados de arquitectura, construcción y otras artes y oficios* (Madrid 1991)-, indicaba a su vez: “*Adobe. Pieza en forma de ladrillo, construido con barro arcilloso húmedo, con algo de paja, secado al sol*” (p. 26), frente a “*Ladrillo. Pieza de arcilla cocida, en forma de paralelepípedo, de distintos tamaños y formas*” (p. 597). Y si miramos a la Etnología y la cultura popular, disciplinas que tanto ayudaban a la buena formación de historiadores y arqueólogos, entenderemos mejor todas estas cuestiones, ya sea a través de la experiencia personal, ya a través de lecturas adecuadas. Por ejemplo, un librito sobre *Arquitectura popular. Construcciones secundarias*, de A. Sánchez del Barrio y C. Carricajo Carbajo (Valladolid 1995), distingue ambos de esta forma: “*a). El barro «crudo». Adobes y tapiales. El barro «crudo», es decir, sin cocer es el material más usado en las construcciones tradicionales y se presenta, sobre todo, en sus dos modalidades más conocidas: el adobe y el tapial*”: mientras que “*b). El barro cocido. Ladrillos y tejas. El barro cocido es la materia prima empleada para la fabricación de ladrillos y tejas*” (pp. 8 y 12). Así pues, nuestro idioma posee dos conceptos meridianamente claros desde siempre.

Por el contrario, en otras lenguas como la francesa o la italiana, se precisa un adjetivo que clarifique la naturaleza exacta del material, toda vez que el concepto básico en sí, “*brique*” o “*matton*” respectivamente, se refiere al elemento constructivo sin más que, bien por el contexto o bien por el adjetivo calificativo subsiguiente, se entenderá como nuestros equivalentes: adobe y ladrillo. Así, el concepto francés “*brique*” –en cuya primera acepción, un diccionario francés-español traduciría mecánicamente como “*ladrillo*”-, suele necesitar algo más. Como indica O. Aurenche en su

Dictionnaire illustré multilingüe de l'architecture du Proche Orient ancien (Lyon 1977), en las varias páginas que dedica al concepto y sus variantes, “*Brique (f). ... Arch. Dans la technologie antique on distingue deux catégories de briques: les briques «crués», c’est-à-dire séchées à l’air et au soleil, et les briques «cuites» dans un four. Les matériaux de base, dont la composition varie peu, restent les mêmes dans les deux cas: terre, eau et dégraissant, le plus souvent végétal. ...*” (p. 40). Lo mismo le sucede a la palabra italiana “*mattono*”. Un diccionario italiano-español ofrece en su primera acepción el español “ladrillo”. Pero como en francés, la lengua italiana y la terminología arqueológica matiza la distinción entre “*mattono crudo*” (adobe) y “*mattono cotto*” (ladrillo). Naturalmente, en contextos especializados, los autores pueden abstenerse de introducir el adjetivo sin merma de la comprensión correcta de cuanto se debate, que es lo que ha hecho M. Liverani al titular así, en su edición original, el epígrafe objeto de este comentario: “*2.1.- La «scoperta del mattono» e la rivoluzione architettonica*”. La traducción correcta debería haber sido: “*2.1.- El «descubrimiento del adobe» y la revolución arquitectónica*”. El fácil error del traductor profesional habría sido corregido por la revisión de un especialista. Pero al no haberse ésta producido, la consecuencia es que para el lector español, el encabezado y el desarrollo del problema propuesto por el autor resultan entre incomprensibles y desorientadores, o incluso desternillantes pues tal y como queda publicada, la pretendida gran aportación alemana parece irrelevante. En cualquier caso, el resultado final no deja de ser lamentable.

En fin, no creo necesario insistir más sobre todo esto. Cualquier arqueólogo o estudiante español de Historia Antigua o Arqueología utiliza con precisión –o debería utilizar– ambos conceptos y de manera adecuada: ladrillo y adobe. Y lo mismo que sus colegas franceses o italianos, los españoles entienden de qué se está hablando, cuando aquellos escriben en sus trabajos

sólo “*brique*” o “*mattono*” en determinados contextos, sin necesidad de la expresión completa más común: “*brique crude*” / “*brique cuite*” en francés, o “*mattono cotto*” / “*mattono crudo*” en italiano. Claro que con inquietante y creciente frecuencia, se escucha en intervenciones orales o se lee en versiones españolas de libros franceses, italianos o ingleses, las malhadadas expresiones de “*ladrillo cocido*” o “*ladrillo crudo*”. Y la verdad, no sé qué es peor, si confundir los conceptos o hablar de esa forma incluso en aulas universitarias. En todo caso, yo creo que nos cumple cuidar la precisión terminológica. Sólo así sabremos siempre de qué estamos hablando.

En resumen, la edición española de la obra de Mario Liverani *Imaginar Babel. Dos siglos de estudios sobre la ciudad oriental antigua* (Barcelona 2014) es una estupenda noticia, al par que un notable acierto editorial, como tantos otros de aquella en la que se ha publicado. Cuanto llevo señalado hasta ahora es ciertamente una limitación que debería ser subsanada, porque el error no queda perdido o emboscado entre el texto, sino que lamentablemente destacado en índice, epígrafes y contenido. Pero si al menos tomamos conciencia de la necesidad de asegurar revisiones especializadas de los libros técnicos, probablemente habremos conseguido lo más importante: que no se vuelvan a repetir.

Joaquín María Córdoba